

LEYENDA ALABESA

NUESTRA SEÑORA DE URAGA

POR NESTOR DE GOICOECHEA Y ARALUCE

Corrían los postreros días de fin de siglo, cuya numeración no menciona la leyenda. La ermita está asentada en las proximidades de Caicedo (Alaba). A su vera hay un lago, pequeño, sobre cuyo origen la fantasía popular ha creado una tradición, que se conserva a través de los años.

Hace mucho tiempo, no tanto como para perderse en las nieblas de la historia, existía una venta, descanso de peregrinos y caminantes, en el lugar que actualmente ocupa el lago. Sus dueños se enriquecieron en pocos años, aunque el trabajo desarrollado fue excesivo por ser la venta muy frecuentada.

Cierto día, de un caluroso estío, llegó a la puerta de la venta una mendiga que llevaba un tierno infante en sus brazos. Aunque demacrada por la fatiga y el hambre el rostro angelical de la mujer seducía por su belleza. Pidió por caridad algún alimento. La criada que la recibió corrió a comunicárselo a sus amos que se disponían a comer. El dueño ordenó que pusieran en el horno una pequeña cantidad de masa para cocer un pan fresco con que obsequiarla. Al sacar el pan del horno, observaron que la pequeña cantidad de masa había aumentado y consideraron que el pan era demasiado grande. El dueño volvió a ordenar que nuevamente pusieran a cocer un pan nuevo, con menos cantidad de masa, pero ocurrió lo mismo. Por tercera vez repitieron la operación. El mismo dueño cogió una pequeñísima cantidad y la puso con sus propias manos en el horno; cuando estuvo cocida la masa la sacó, pero resultó que era mayor que las veces anteriores. El milagro se repetía con el asombro de todos.

Irritado el dueño de la venta, gritó coléricamente, sin adivinar el hecho milagroso de una mano invisible y piadosa: «Que se vaya esa mendiga de mi puerta».

La criada obediente fue a cumplir la orden dada por su amo, pero como era caritativa, teniendo compasión de la pobre mujer y de su niño, cogió un buen

trozo de su sabroso pan y se lo entregó a la mendiga, al mismo tiempo que le comunicaba el mandato de su amo.

Esta, dándole las gracias, le dijo que le siguiera, pues una gran desgracia se avecinaba sobre la venta. La criada por un impulso misterioso obedeció y echó a andar detrás de la mujer con el niño en brazos. Según iban andando, la mendiga se iba transfigurando en una bellísima visión celestial; sus ropas harapientas se transformaron en ricas vestiduras de azul y blanco; su rostro se iluminó con radiante resplandor y aquella figura que anteriormente representaba la imagen de un ser agotado por la tristeza y el cansancio, tomó el aspecto encantador de una aparición divina.

La criada comprendió que era la Virgen que se le había aparecido y temerosa arrodillóse para adorarla. En aquel mismo momento un ruido terrible se oyó, y volvió la cabeza para ver lo que sucedía. Su sorpresa y espanto fue grande al observar que la venta había desaparecido con sus dueños y en su lugar había un lago, cuyas aguas inquietas y turbulenta demostraban que algo había pasado... la venta, sin dejar huellas que atestiguaran su existencia en la tierra.

La Virgen y el niño también desaparecieron, sin dejar rastro alguno, comprendiendo la criada que lo sucedido era un castigo a la falta de caridad del dueño.

Presurosa e inquieta acercóse al pueblo que nada había apercibido y, por lo tanto ignoraba el suceso. Contó lo ocurrido y el vecindario, piadoso y creyente, erigió en señal de agravio una ermita a orillas del lago, dedicada a la Virgen, que recibió el nombre de Nuestra Señora de Uruga.